

BLASFEMO

Guillem Carbonell

Rahid se cagaba en Dios. Se cagaba a todas horas. No había en el día hora sin el bendito insulto.

—¡Me cago en Dios! —gritaba por el chispazo eléctrico que le sacudía desde el dedo hasta los testículos cuando intentaba abrir la puerta del coche. Pues la culpa, claro está, no se le puede atribuir a un servicial vehículo con veinte años a sus espaldas. La culpa de las leyes cosmológicas por las cuales los electrones esperaban decididos a sacudirle desde el índice a las gónadas era claramente del inventor de Todo Aquello.

—¡Me cago en Dios! —profirió mientras lo casaban. Tampoco su amada podía ser culpable de sus manos finas y suaves. La culpa era, como es obvio, del que inventó la gravedad que hizo caer el ramo. De no existir tal fuerza, las flores habrían flotado frente a sus ojos. Los pétalos, livianos, girando sobre sí mismos, se habrían reflejado en las pupilas maravilladas de sendos pretendientes.

Y —¡Me cago en Dios! —gritó en el funeral de Idris Melade; el último diácono de su congregación, fallecido tras una ardua batalla contra el cáncer. ¿Pues quién sino el Creador había ideado la entropía atómica, capaz de desarrollar una mutación tan minúscula con efectos tan mayúsculos?

Rahid, no obstante, tenía fe. Tenía su particular relación de amor y odio contra el Señor. ¡Y bendito Señor! Que le había dado la luz a los pastos y la lana a las ovejas, el agua a los ríos y el amor a los amantes. Bendito Señor, que perdonó los pecados del mundo. Alabado fuese su Hijo, hecho carne para escarnio de los necios. Y Santo fuese su Espíritu, que colma la oscuridad de esperanza y el vacío de sentido.

«Aciaga ciénaga de vespertinas lumbres», repetía. «Aciaga ciénaga de vespertinas lumbres», pensaba despertado por la apnea del sueño; otro invento del Señor. Entonces la luz del amanecer se desprendía a través del horizonte y un sol renaciente le devolvía las virtudes de la fe.

Sucedió entonces, tras uno de aquellos episodios, que andando por la plaza de su pueblo notó algo más sueltos sus pantalones. Una sutil falta de tensión le anunció que algo fallaba. Decidió, como humano racional, mirar abajo y descubrir, para su sorpresa, que la cremallera de la bragueta estaba abierta y por ahí se entre veían unos calzoncillos a caballo entre el blanco y el fucsia.

Y trató de subir aquella cremallera.

Trató de hacerlo y no podía.

Estaba atascada.

Atascada como su paciencia.

—¡Me cago en Dios! —volvió a gritar. Los ancianos del casino fueron testigos de ello. Y la panadera, con un pie dentro del negocio y las manos cargadas con una bandeja de bollos. Y el mecánico que pasaba por allí con la intención de devolverle una herramienta al herrero.

Fue entonces cuando la sombra se cernió sobre Rahid, nuestro creyente dolorido. Una espesa neblina que empezó por los pies y subió hasta los hombros, que se extendió surcando los adoquines hasta cubrir la fuente, que se hizo densa como flores marchitas un día de abril.

Entonces, un gran cagarro aplastó a Rahid, una mierda inmensa que venía del cielo. Tamaña contundencia, tamaño mondongo, no podría provenir más que de la sacra voluntad que anida tras los milagros. Era Dios, cagándose en él.

Así se hizo el silencio, un silencio sepulcral, que arremolinó a los pueblerinos en torno al acontecimiento. La turba, sorprendida, se agolpó justo antes de ser cortada como mantequilla por un coche de dos décadas que no atropelló a nadie, del que salió la entonces mujer de Rahid, madre de sus tres hijos.

—¡Santo Cielo! —exclamó la beata, de quien jamás nació un insulto contra el Creador.

Prestos a sacarlo de allí, llegó el enterrador con una pala y comenzó a cavar; aunque no hizo falta.

Como movido por otro milagro, un brazo emergió de la parte superior de aquel apestoso guano, y luego otro, y Rahid renació de entre el estiércol sin un rasguño, intacto pero sucio.

Con medio cuerpo fuera, ya pudo gritar:

—¡Alabado sea el Señor!

Y la gente exclamó:

—¡Amén!